

UN CINE EN MOVIMIENTO

POR IRENE BIGNARDI

Directora del Festival Internacional
de Cine de Locarno

El cine argentino independiente no ganó un Oscar ni una Palma de Oro, sino apenas algunos premios menores en los festivales internacionales más importantes y una cantidad mayor en los festivales menos conocidos. Por ejemplo, *Tan de repente* recibió sólo un Leopardo de Plata en Locarno el año pasado y no el de Oro, *La Ciénaga* triunfó como ópera prima en Berlín, *Mundo grúa* ganó la Semana de la Crítica en Venecia. Por el momento, ninguno de estos films se presentó en competencia en Cannes ni en Venecia y ni siquiera hubo alguno que obtuviera el premio a la mejor película en Buenos Aires. Películas recientes de otros países latinoamericanos, como *Estación Central*, ganaron en Berlín y hubo otras como *Ciudad de Dios*, *Amores perros* o *Y tu mamá también* que tuvieron una distribución internacional importante, superior a la de los nuevos films argentinos. En cuanto a la taquilla, el cine independiente tampoco dominó en su propio país y su techo fue hasta ahora un cuarto de millón de espectadores, muy inferior a la recaudación de películas comerciales como *Nueve reinas* o *El hijo de la novia*. Estos hechos y cifras parecerían indicar que se trata de un fenómeno marginal o menor y, al mismo tiempo, difícil de definir. El establishment tradicional argentino insiste en que prácticamente todo el cine de este país es independiente, ya que son pocas las empresas productoras grandes y los presupuestos de las películas son bajos comparados con los de los países europeos e incluso con los de la región.

Sin embargo, en los últimos años, primero como puntos aislados y con más consistencia después, un grupo de películas marcó una renovación profunda del cine argentino y llamó la atención en el circuito internacional en un momento en el que en el mundo parece haberse instalado una crisis de creatividad, de calidad y de libertad frente a la cual la producción independiente en Argentina resulta una de las pocas excepciones. En lo estético, directores como Pablo Trapero, Lucrecia Martel, Martín Rejtman, Lisandro

otras producciones como la esperada *Los guantes mágicos*, tercer largometraje de Martín Rejtman, a esta altura un joven veterano; *La mecha* de Raúl Perrone, un pionero en materia de filmar sin presupuesto alguno, y una auspiciosa cosecha de documentales y films de ensayo.

Pero hay otro factor que hace muy interesante al cine argentino independiente y es su modo de producción. Es que no sólo hablamos de films de bajo presupuesto, sino que en muchos casos este presupuesto es mínimo. Películas como *Silvia Prieto*, *Mundo grúa*, *La libertad*, *Sábado*, *Bolivia*, *Tan de repente*, *Ana y los otros* o *Los rubios* demuestran que se puede hacer un cine de alta calidad técnica, terminado en 35mm (aunque filmado a veces en Super 16 o en digital) por menos de cien mil dólares. Esta cifra suena descabellada en Europa, pero también en Brasil o en México (aunque no tanto en Estados Unidos, donde las megaproducciones coexisten con películas absolutamente artesanales). Pero esto es lo que cuesta un film sin estrellas, con pocas locaciones, cámaras e isla de edición prestadas y amigos en el equipo técnico. En todo caso, esta es la clave para hacer un primer largometraje en Argentina, un camino para canalizar el entusiasmo de los egresados de las escuelas de cine que pueden comenzar su carrera como realizadores sin la espera y el desgaste habituales en otros países. El sistema (poco sistemático) tiene una ventaja adicional: hay una íntima conexión entre la libertad con que esas películas fueron concebidas y realizadas y la manera en que fueron producidas. Salir a rodar sin esperar la aprobación de nadie es un privilegio del que muy pocos cineastas disponen hoy en día. Los resultados de esta falta de censura están a la vista.

Tal vez este sea el tema que el nuevo cine argentino invita a discutir, porque plantea una renovada batalla entre la libertad de creación y la industrialización forzada, una batalla cinematográfica que se libra en todas partes. La norma mundial es que un joven director arrastre un

proyecto durante años, lo someta a distintos comités de evaluación estatales o privados y termine, cuando lo logra, haciendo una película mucho más cara de lo que podría haber costado y, lo que es peor, mucho menos ambiciosa y mucho más parecida a las demás, esperando que el éxito eventual le devuelva el derecho de filmar lo que quiere. La excepción es que se decida a filmar, consiga un poco de dinero y lo haga. Esta excepción es la que logró desarrollar el cine independiente argentino y convertirlo en una realidad tangible. Estas películas se hicieron mayoritariamente sin productores que modificaran el guión (cuando hubo un guión) por necesidades comerciales, sin pasar por el calvario del “desarrollo del proyecto”, sin comités de selección que exigieran cambios, sin empresas que tuvieran que pagar sus costos fijos, sin coproductores que obligaran a incluir actores españoles, como sucede en muchas películas argentinas industriales. La precariedad de esta manera de hacer cine, que difícilmente pueda sostenerse a lo largo de una carrera, está ampliamente compensada por la falta de pesadez, la audacia y la posibilidad de innovar, elementos que hacen al resultado final y que son, en definitiva, los que volvieron a colocar al cine argentino en el mapa internacional. Es posible que este sea un momento prematuro para un balance definitivo, pero es igualmente cierto que el cine a escala mundial obedece cada vez más a mecanismos altamente burocratizados, con empresas y organismos estatales cuyas políticas contribuyen a uniformizar las obras y a encarecer sus costos. Como resultado de una ley de fomento del cine sancionada en 1994, de un aumento considerable en la matrícula de las escuelas de cine durante la última década y de un equipamiento muy adecuado en el país, se creó en Argentina una situación que permitió el desarrollo de una cinematografía alternativa a la sombra de la producción tradicional. Una generación de recambio aprovechó los huecos en la legislación, las oportunidades que se le presentaron y cambió la temática, la estética, las costumbres profesionales y acaso también la Historia.